



Capítulo 10.

La distinción whiteana «pasado práctico/pasado histórico»: un espejo de la vieja antinomia «historia/memoria»

Agustín Rojas*

Introducción

En este artículo se intenta problematizar las consecuencias teóricas de la tensión planteada por Hayden White entre el “pasado práctico” y el “pasado histórico”. A partir de las últimas décadas, la teoría de la historia, en diálogo fructífero con la historia de la historiografía, la epistemología y la historia intelectual, ha exhibido un derrotero bastante singular. No puede negarse que, tras el frondoso *giro memorial*, esta disciplina ha repensado varios de sus núcleos o ejes teóricos centrales, asistiendo a innovadoras definiciones y horizontes.

Las intervenciones de Hayden White en el debate público, tomado como contrapunto a varios de sus colegas y otros profesionales de las ciencias humanas, se remite a las décadas del '60, '70, '80 y '90, precisamente el contexto en el cual el discurso realista para representar el pasado fue duramente cuestionado (Iggers, 2012 y Tozzi, 2009). Kalle Pihlainen (2019, pp.41-46) celebra la deriva final de White concibiéndolo como un “constructivista narrativista”, puesto que había aceptado que las “verdades narrativas” de la historia dependen de determinados constructos cuya “calidad y responsabilidad” es vigilada.

Sin embargo, White no se encargó simplemente de desnudar los artificios y el taller de ficciones de los historiadores más clásicos del canon historiográfico, sino que asimismo sugirió la necesidad de revitalizar la historia retornando a la dimensión ética-política y narrativa latente en sus orígenes. La polémica distinción conceptual entre “pasado histórico” y “pasado práctico” –el primero remite al pasado construido por los histo-

* Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba / rojasagustin033@gmail.com

riadores y el segundo al pasado emulado instrumentalmente por las fuerzas vivas sociales—, clave dentro de las inquisiciones tardías de este autor (2018), presupone que el pasado adquiere otro tenor cuando emana de la experiencia vital a partir de la pregunta “¿qué debería hacer?”, embebiendo así a la praxis junto a sus compromisos ideológicos.

De esta manera, de acuerdo a White, la *mirada situada* del historiador en tanto agente cultural y político, las marcas emocionales de su experiencialidad en general, se erigen sin desmerecimiento alguno respecto a la dignidad de la ciencia histórica y sus celosos guardianes. Ya no estaríamos aquí ante la presencia de un profesional a quien sólo le interesa la comprensión del pasado, sino que anhela esa sabiduría capaz de avizorar cierto “buen vivir” en el presente. Pese a las derivaciones saludables, la antinomia sostenida por el autor tiene como trasfondo el arrastre de otra dupla conceptual más vieja y bastante cuestionada, por cierto: la antinomia memoria/historia (Lorenz, 2015).

De modo que se intentará argumentar que, por el contrario, el pasado histórico y el pasado práctico tienen más en común de lo que parece. En todo caso, es necesario replantear cuál es el actual papel público de los historiadores, es decir, su identidad profesional en un mundo donde todo parece desdibujarse. Dicho lo anterior, en adelante se contextualizará la propuesta whiteana de acuerdo a sus alcances. Para ello se partirá de los siguientes interrogantes: ¿cómo fue distendiéndose la dicotomía historia/memoria a partir de la segunda mitad del siglo XX? ¿a qué hace precisamente referencia White con su distinción “pasado práctico”? ¿Cuáles son los límites y efectos fructíferos de dicha noción?

Debilitamiento de la antinomia memoria/historia

Nutrida de las tensiones entre la Ilustración y el Romanticismo, la ciencia histórica llevó a cabo a partir de su nacimiento una teoría austera pero sumamente exhaustiva en cuanto al trabajo empírico. Gracias a unos escasos principios propedéuticos para manipular las “evidencias”, durante siglos se desarrollaron relatos en clave realistas sobre las experiencias humanas. La edificación de un mito de origen de la historiografía en Grecia, exaltó luego su revigorización bajo el taller de la ciencia moderna en clave historicista (Iggers, 2012).

Naturalmente, los guardianes de Clío se vieron obligados a fundamentar las bases epistemológicas de su oficio. Hasta mediados del siglo XX, el canon de la teoría de la historia se ampararía alrededor de acotadas figuras como Johann Gustav Droysen, Wilhelm Dilthey, Benedetto Croce, Henri-Irénée Marrou y Robin Collingwood, entre otros. En efecto, precisaron conceptos, límites y vecindades, reflexiones capaces de proveer los contenidos centrales de la disciplina: la historia trata de una ciencia que tiene por finalidad el conocimiento de las experiencias pretéritas, aplica una concepción espacializada del tiempo y su método se aboca a “reconstruir” el pasado mediante una hermenéutica basada en interpretar indicios, identificar intenciones y acciones.

Por cierto, la dicotomía historia/memoria formaba pues parte del entramado central de esta primitiva teoría de la historia. Con demasiado optimismo, Henri-Irénée Marrou (1968) había elaborado la siguiente formulación: “la historia se opone así a lo que podría haber sido, a toda pretensión falsa o falsificada, irreal, del pasado, a la utopía, a la historia imaginaria, a la novela histórica, al mito, a las tradiciones populares o a las leyendas pedagógicas” (p. 28). Esta afirmación no tardaría en desmoronarse pronto tras la emergencia de nuevos campos.

Los diferentes genocidios sirvieron como disparadores para distender la antinomia antes señalada. La “crisis civilizatoria” expresada por el Holocausto, perturbó los esquemas tradicionales para pensar la cultura y el concepto propiamente de lo humano. El empleo de testimonios desde los juicios de Nuremberg con el objetivo de revelar la dimensión de los crímenes de *lesa humanidad*, indudablemente estimularon el auge de la historia oral como esfera científicamente legítima. Por otro lado, en Europa la tradicional historia social fue paulatinamente transformada, en muchas oportunidades, en una “historia cultural” manifiesta en el lenguaje conceptual empleado y los nuevos objetos abrazados.

En rigor, la corriente asociada al “giro memorial” facilitó herramientas específicas para comprender los diferentes modos en cómo una sociedad se relaciona con el pasado. Un antecedente meritorio lo conforma *La invención de América* (1958) del historiador mexicano Edmundo O’Gorman. Otra empresa similar ha sido *La invención de la tradición* (1983), de Eric Hobsbawm y Terence Ranger, la cual permitió corroborar la capacidad de la historia social para incursionar en fenómenos nuevos como los “usos del pasado”. Al mismo tiempo, el politólogo Benedict Anderson publicaba

el clásico *Comunidades imaginadas* (1983) en el cual desnudaba los discursos nacionalistas¹.

Un deslizamiento paralelo, en Alemania, fue impulsado por el historiador Jörn Rüsen proponiendo el estudio de la “cultura histórica”. De la necesidad de interpretar la cultura devenía la “rememoración histórica”, es decir, la capacidad de receptor imágenes del pasado. En esta operación existen esferas objetivas y esferas subjetivas vinculadas a la “memoria histórica” de los individuos. Los sujetos los interpretan y asisten a una experiencia del tiempo. A este respecto, el autor (Rüsen, 1994) la definía a partir de intentar no deslizar diferentes dimensiones hasta el momento consideradas separadas:

La ‘cultura histórica’ contempla las diferentes estrategias de la investigación científico-académica, de la creación artística, de la lucha política por el poder, de la educación escolar y extraescolar, del ocio y de otros procedimientos de memoria histórica pública, como concreciones y expresiones de una única potencia mental. De este modo, la ‘cultura histórica’ sintetiza la universidad, el museo, la escuela, la administración, los medios, y otras instituciones culturales como conjunto de lugares de la memoria colectiva, e integra las funciones de la enseñanza, del entretenimiento, de la legitimación, de la crítica, de la distracción, de la ilustración y de otras maneras de memorar, en la unidad global de la memoria histórica (p. 64).

Pese a las ofensivas prolongadas de una fracción de la corporación de historiadores, resultó imposible eludir textos como *Analytical Philosophy of History* (1965), de A. Danto, *L'archéologie du savoir* (1969), de M. Foucault, *Meaning and understanding in th History of Ideas* (1969), de Q. Skinner, *Comment on écrit: essai d'épistémologie* (1970), de P. Veyne, *Metahistory* (1973), de H. Withe, *Tempts et récit* (1983), de P. Ricoeur y *Rethinking intellectual history* (1983), de D. La Capra, por citar las figuras más destacadas.

De las estructuras y acciones sociales, se pasó a privilegiar entonces el lenguaje, las emociones y estructuras de sentimiento, vivencias subjetivas y memoriales. Naturalmente, estos deslizamientos obtuvieron resultados

1 Expresiones sin duda continuadoras de estas empresas fueron *Orientalismo* (1978) de Edward Said y *Provincializar a Europa* (2000) de Dipesh Chakrabarty haciendo hincapié en la relación estrecha entre el imperialismo y las representaciones dentro de la cartografía cultural global.

muy diversos. Mientras que en Alemania los partidarios de la historia de lo cotidiano se basaban en la antropología cultural de Clifford Geertz, los microhistoriadores italianos jamás renunciaron a un marxismo culturalista ligado a *Annales* (Iggers, 2012, p.172). No puede negarse la enriquecedora “antropologización” propiciada a partir de la tercera generación originando la historia de las mentalidades, las representaciones colectivas e individuales y los usos del pasado.

El giro memorial, en Francia, no logró desapegarse del todo del dualismo historia/memoria como resabio de la dicotomía hecho/valor. En el clásico texto de Pierre Nora *Los lugares de la memoria* (1979) resultó difícil relajar la tajante distinción entre un saber cuya verdad se erige por encima de los hechos y, por el otro, una serie de vagas impresiones particulares, fluctuantes, cognitivamente sospechosas (Nora, 1984, p.19). Muchos años después, en *La memoria saturada* (2003), la historiadora Régine Robin (Robin, 2012) retomaría el debate poniendo en cuestión la diferenciación cabal entre pasado y presente.

Como parte de propuestas eclécticas, el estudio de las *imágenes y representaciones* habilitan un campo crítico de la presencia de la historia de las ideas en los estudios historiográficos, asumiendo una interpretación política-historiográfica de la cultura histórica. Las *políticas de la historia* y los *usos del pasado* evidencian efectivamente el vasto campo pretendido. Bajo esta orientación, el historiador argentino Alejandro Cattaruzza (2003) reconocía la utilidad de una imbricación entre la historiografía con la historia cultural, la historia de las ideas, la historia intelectual, el análisis de los discursos, las mentalidades, etc. advirtiendo cómo el pasado sirve de legitimación para el poder político.

Los historiadores son agentes que proyectan sus prácticas en escenarios dispersos, disímiles inclusive, anhelando sentidos muy diferentes. De modo que para Cattaruzza (2007) “La interrogación debe ser, en nuestra opinión, sobre los modos en que una sociedad intenta dar cuenta de su pasado, inventándolo, investigándolo científicamente o aboliéndolo” (p. 203). En cuanto a los *usos del pasado*, consideraba que se activan a raíz de los “conflictos políticos-sociales del presente”. Motivo por el cual aclaraba correctamente lo siguiente:

las representaciones, evocaciones del pasado, desplegadas o breves, no se forjan sólo en los gabinetes de los historiadores, ni son fruto exclusivo

de una silenciosa y larga tarea en los archivos. Tampoco son sus sostenes únicamente los libros y los artículos de historia con pretensiones de cientificidad, sino también los ritos y los emblemas de la liturgia escolar [...] las estatuas, los calendarios y las efemérides (p. 17)

François Hartog (2007), aludiendo a su innovador concepto “régimen de historicidad”, admitía que hacia el cierre del siglo XX distintas sociedades han experimentado procesos intensos de patrimonialización en tanto indicador de la crisis actual del tiempo: “Memoria, patrimonio, historia, identidad, nación se encuentran reunidos en la evidencia del estilo llano del legislador” (p. 180). El “deber de la memoria” invita a los pueblos a “recuperar” su pasado y hacerlo partícipe de rituales, giros fundacionales y arrebatos justicieros, a fin de afianzar cierta identidad colectiva. Los historiadores, en tanto hombres y mujeres de ideas, constituyen animadores culturales fundamentales: alimentan las imagerías y cultivan en su praxis el anhelo de moldear los atributos de la cultura histórica.

Sintetizando lo anterior, Enrique Florescano (2012) recuerda al respecto:

Si una de las tareas que más desvelan al historiador es la de corregir las interpretaciones que distorsionan al conocimiento fidedigno de los hechos históricos, no es menos cierto que ningún tiempo ha sido capaz de ponerle freno a las imágenes que ininterrumpidamente brotan del pasado y se instalan en el presente. Queda fuera de su alcance impedir que los diversos actores sociales inventen, imaginen y propaguen sus propias representaciones del pasado (p. 61)

El doble compromiso epistemológico y ético-político de los historiadores

Uno de los escasos historiadores sensibles a la teoría, Michel de Certeau, en *La escritura de la historia* (1974) afirmaba que el cultor de Clío se encontraba en un “trabajo sobre el límite”, es decir, la frontera entre “lo vivo” y “lo muerto”. Su concepto “operación historiográfica” sugiere comprender la producción desde la combinación de un “lugar”, una “práctica” y una “escritura”. La construcción textual no puede eludir una normatividad impartida desde parámetros institucionales. El discurso histórico consti-



tuye una promesa de verdad, pero mediante la forma de una narración. La simbolización gracias a la escritura comienza nombrando los elementos “muertos” para finalizar en un cuerpo y lenguaje cerrando de manera coherente la catarsis del pasado (de Certeau, 2006):

Mientras que la investigación es interminable, el texto debe tener un fin, y esta estructura de conclusión asciende hasta la introducción, ya organizada por el deber de acabar. Así pues, el conjunto se presenta como una arquitectura estable de elementos, de reglas y de conceptos históricos que forman sistema entre ellos y cuya coherencia depende de una unidad designada por el nombre propio del autor (p. 104)

Los intereses y métodos se encauzan a partir de ese “lugar social” como sitio simbólico de pertenencia. Por “institución histórica” el autor concibe “El lugar dejado en blanco u oculto por el análisis” (p. 71). Las obras que emanan de tales instituciones sufren una “verdadera policía” que controla el contenido bajo la doble función de *permitir* y *prohibir*. En segundo lugar, expone una “práctica”: el historiador en tanto especialista posee un empleo de técnicas o reglas para emplearlas en la manipulación de los materiales dotándolos de sentido e interés para la historia. “Hacer la historia” es también una praxis social donde la ciencia coacciona sobre la organización social del obrar indirectamente. Por último, plantea que la “escritura” como representación o escenificación literaria debe anclarse en un lugar social determinado para cristalizar la operación científica.

Paul Ricoeur (2008), desde una fenomenología hermenéutica, consideraba algunos de estos postulados. Reconocía en la referencia de “lugar social” un puntapié esencial de reflexiones conducentes: “Una vez desmascarada la falsa pretensión del historiador de producir historia en una especie de estado de ingravidez sociocultural, surge la sospecha de que toda historia con pretensión científica esté viciada por un deseo de dominio, que erige el historiador en árbitro del sentido” (p. 852). Comprendía las intenciones de de Certeau de continuar con el esquema científico y aceptaba su estructura triádica, aunque interpretando su trabajo en un programa epistemológico por medio de distintas “fases”:

Llamo fase documental la que se efectúa desde la declaración de testigos oculares a la constitución de los archivos [...] Llamo después fase expli-

cativa/comprendiva a la que concierne a los usos múltiples del conector *porque* que responde a la pregunta ¿por qué?: ¿por qué las cosas ocurrieron así y no de otra manera? [...] Llamo fase representativa a la configuración literaria o escrituraria del discurso ofrecido al conocimiento de los lectores en historia (p. 177).

Sin embargo, aunque de Certeau y Ricoeur admitían la influencia de un lugar y la singularidad de las prácticas, entendían las mismas como producto de coacciones institucionales/universales antes que emanaciones singulares. Cualquier historiador profesional, al abocarse a un estudio, llega al parecer a conclusiones similares debido a la generalidad de su método. ¿Es universal en todos los sentidos el *métier* del historiador? En sus reflexiones, ambos no se detuvieron en la *mirada* del historiador, el espectro sensible, el esfuerzo estético y ético-político que incumbe a cualquier empresa de conocimiento. Tales elementos dependen de cierta experiencia vital: individuos que *piensan, sienten y actúan* en una comunidad que los legitima.

Es cierto que los historiadores profesionales siempre han participado de grandes debates públicos. Aprovechan dicha oportunidad para dar a conocer sus opiniones políticas, impresiones sobre la cuestión social e incluso el decurso de ciertos acontecimientos actuales. Pero, en general, esta mirada íntima discurre por canales a veces extraños a las instituciones académicas a las cuales pertenecen. Los géneros que eligen para llevar a cabo tales operaciones dan cuenta de ello: el ensayo, la prensa, las redes sociales, el folletín de divulgación, etc. Las ideas políticas en sintonía al trabajo académico siempre han despertado asperezas.

A modo ilustrativo, el historiador argentino Luis Alberto Romero eligió exponer sus ideas políticas desdoblado su voz en el matutino liberal-conservador *La Nación*: a veces intervenía como “historiador” neutral y, en otras ocasiones, como “ciudadano” embebido por la realidad. Resulta no obstante difícil reconocer cuándo la voz enunciante coincide con la pretendida en cada caso infundiéndole, muchas veces, cierta confusión. La grieta entre historiadores académicos y “divulgadores” es una retórica constante alimentada por agentes como Romero.

Un ejemplo inverso lo constituye la trayectoria del izquierdista británico Edward Palmer Thompson quien concilió la militancia y el *cursus honorum* académico, involucrándose en las discusiones dentro del Partido

Comunista y las protestas obreras contras las políticas neoliberales. En este sentido, Dominick LaCapra (1999) se abocó a reconocer en la misma producción textual académica indicios de una praxis. Combatiendo los dualismos propuestos por la “historia de las ideas” como texto/contexto, planteó un programa de estudio de la “textualidad” que considere las relaciones entre las intenciones y motivaciones del enunciante:

Es indudable que el acto de la interpretación tiene dimensiones políticas. No es un emprendimiento hermenéutico autónomo que se mueve en el plano del significado puro para efectuar una “fusión de horizontes” que garantice la continuidad de la autoridad con el pasado. En algún sentido relevante, la interpretación es una forma de intervención policia que introduce al historiador en un proceso crítico que relaciona pasado, presente y futuro (p. 284)

La exégesis de los corpus permite remitirse, en última instancia, a los elementos que los historiadores regularmente utilizaban para legitimar su práctica, la identidad profesional, estrategias narrativas de visibilización e invisibilización, públicos, delimitación de un campo de lo decible, esclarecimiento de los factores editoriales, entre muchos otros aspectos. En el revés de la producción científica, es posible inferir la “filosofía de valores” del autor, al decir de Alfred Stern, así como también sus opciones ideológicas más sutiles.

Claro que sería precisamente Hayden White el responsable de develar como muy pocos el revés ideológico de la ciencia histórica y su cuestionable presunción de universalidad. Este historiador progresista exploraría detenidamente las prefiguraciones tropológicas de los textos históricos. Su obra de cabecera y detonante de dilatados conflictos *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX* (1973), había sido accidentalmente producto de un estudio de historia de la historiografía. Sus influencias teóricas sugerían un ecléctico bagaje: desde el estructuralismo (Barthes), análisis del discurso (Foucault), pasando por el pragmatismo americano (Quine) y la teoría literaria (Auerbach), entre otras.

Para White la promesa modernista de la historiografía, como expresión de un “realismo figural”, conllevaba intereses políticos antes que una representación erudita o científica desinteresada. Difícilmente el mundo académico finisecular pudo quedar al margen del estado de perplejidad y

enconamientos producido por *Metahistoria*. La figura de White resultó significada como la cumbre del giro lingüístico convirtiéndose, desde luego, en el verdadero parteaguas de futuras corrientes con un gran impacto académico.

Las consecuencias teóricas de esta discusión replantearon la labor del historiador. Precisamente, la operación historiográfica tradicionalmente actúa descomponiendo los supuestos “hechos históricos” detectando nexos causales. Cree que el pasado es una realidad a revelar mediante el método histórico, una lucha permanente contra el olvido. Si bien acepta la interferencia de subjetividades desde el momento de la selección del objeto, el trabajo de archivo (respaldo empírico) resulta una garantía de neutralidad. El narrador omnisciente y en tercera persona refleja perfectamente el esquema objeto/sujeto asumido.

Como bien lo ha indicado reiterativamente White, la historia erigió una expectativa de distanciamiento que no pudo cumplir: (1) al tratar con los “eventos históricos” con frecuencia no es posible distinguir entre las categorías teóricas y los elementos referidos llevando a cabo su labor en los límites del lenguaje; (2) la experiencia de la temporalidad que detecta muchas veces deriva de la imposición externa de cierta secuenciación sobre la vida, la cual en realidad no tiene principio ni fin; (3) la figuración de la realidad pretérita depende de opciones tropológicas limitadas y autorizadas por ciertos contextos narrativos.

La operación historiográfica, lejos de ser una tarea dócil o empresa de conocimiento en bien de la verdad, significa un reflejo de las ansiedades de una comunidad, una sintomatización de proyectos, una caja de resonancia políticamente conflictiva. De acuerdo a White (2018), al historiador le resulta más honesto concebir su función como una intervención práctico-moral:

Aunque los historiadores modernos se limiten a hacer afirmaciones acerca del pasado que pueden derivarse del estudio de los documentos, monumentos y otros rastros de la realidad del pasado, la clase de estudio de tal evidencia permitida por la profesión histórica es tan *ad hoc*, simplemente de sentido común y fragmentaria que ni siquiera el criterio de coherencia puede ser satisfecho sin una gran cantidad de remiendo que es de tipo figurativo (y por lo tanto ficticio) (p. 23)

La escritura analítica actúa estructurando los fenómenos bajo el principio de coherencia y encuadres narrativos coincidentes con tipologías propias del mito, la leyenda y otros géneros dentro de los cuales se destaca con especificidad el discurso historiográfico. Gracias al polémico aporte de la teoría whiteana, en gran medida ha sido posible ilustrar con mayor claridad esta clase de figuraciones que los historiadores no siempre tienen en cuenta de forma consciente. Dentro de su estrategia argumental provocadora, White idealizó la historiografía decimonónica previa a la “dura ciencia histórica” cuando las Humanidades reinaban.

Para White, la noción de *usos del pasado* puede resultar problemática en caso de sugerir la existencia de un pasado objetivo independiente de quienes lo imaginan. En cambio, prefería aludir a la dimensión lúdica de las imagerías como “pasado práctico” (2018): “Es este pasado, más que el histórico, el que requiere una narrativa que, en un modo u otro, conecte mi presente y aquel de mi comunidad con un presente existencial en el que el juicio y la decisión acerca de ‘¿qué debería hacer yo?’ sean planteados” (p. 110).

Tales planteos pueden comprenderse dentro de las controversias de fin de siglo. Primero White había discutido con las posturas objetivistas defensoras de la ciencia social bajo un encuadre epistemológico basado en el falsacionismo. Luego con las posiciones memorialistas en torno a los estudios del Holocausto, siendo acusado de alentar un relativismo peligroso. De todas maneras, la valorización del “pasado práctico” frente al “pasado histórico” no deja de exudar la vieja dicotomía historia/memoria y la dicotomía nietzscheana vida/ciencia. Resulta una necedad forzar estos dualismos: los historiadores constituyen agentes posicionados precisamente *en el medio* de ambas categorías.

Acierta Chris Lorenz (2015) cuando advierte que un reemplazo del enfoque epistemológico por el estético o ético-político no sería más que una “inversión de la dicotomía hecho/valor” (p. 156). Lo interesante en el planteo de White, sin embargo, reside en el potencial –la promesa iluminadora– que vislumbraba en la “fuerza práctico-moral”. Si bien no podían campar como reinas del conocimiento objetivo y universal, las Ciencias Humanas aspiraban en cambio a la *phronesis* (“sabiduría práctica”) en sentido aristotélico. Es decir, una “virtud moral” surgida de la “vida plena”. White propuso al respecto el bello neologismo “historiosofía” como la sabiduría que deviene del vínculo vital con la historia.

En adelante, se intentarán discutir las anteriores nociones problematizando la función pública actual del historiador. El agotamiento de los modelos tradicionales demanda reperfilamientos urgentes. Sobre todo, porque la historia ya no puede descansar sobre una función genealógica y legitimadora de la “tradicción”, gestionando las memorias oficiales e identificándose con los intereses de los estados, pero tampoco limitarse a una rutinaria tarea de “desmitologización” destruyendo las estructuras erigidas por sus ancestros.

Repensar la función pública del historiador

Los estados occidentales impulsaron, desde el siglo XIX, la institucionalización de las Ciencias Humanas. La historia se destacaba por ser uno de los “contratos de la modernidad” más emblemáticos. Conocer el pasado vigorizaba las comunidades imaginadas. Esta novedosa Historia, en su doble pretensión de sujeto y objeto, forjaba a los hombres. Estos intentaban conocerla escudriñando las fibras internas que determinaban la contingencia, pero sin poder huir a su envoltorio, creyendo factible participar de la misma.

Tratándose de una memoria oficial, necesitaba un orden público, una comunidad que la estimulara y la consumiera. Los historiadores oficiaban como agentes del Estado, “guardianes de la memoria”, oradores, hombres de letras, docentes e investigadores, animadores de las mitologías nacionales. Claro que, a partir del fin de la Guerra Fría y el agotamiento de los “grandes relatos” -garantes de sentido de los principales proyectos políticos socialista/liberal/ totalitario-, estos profesionales no pudieron mantenerse al margen sufriendo inevitablemente tales transformaciones. Su papel público ha quedado desde entonces desdibujado, limitándose pues a intervenciones públicas menos espectaculares.

Otros rasgos de esta crisis, sin duda, se vinculan a la estigmatización de las unidades académicas de este campo acusadas de ser ineficientes puesto que consumen más recursos de lo que producen, ofrecen servicios alejados de los estándares científicos hegemónicos y resulta incierto medir su impacto en la sociedad. Tras la crisis de los modelos estructurales y el desencantamiento político, en la década de 1980, Ian Taylor ya había esbozado muchas de las intuiciones que hoy discurren como novedades: la

insatisfacción acerca del perfil academicista del “cientista social” y la pérdida de fundamento de estas disciplinas degradadas a un fin en sí mismas.

Posteriormente, en un blog del *New York Times*, Stanley Fish (2008) arrojaría una perspectiva desoladora al respecto:

¿Ennoblecen las humanidades? Y en realidad, ¿es asunto de las humanidades, o de cualquier otra área de estudio académico, salvarnos? La respuesta en ambos casos, creo, es no. [...] Si fuera cierto, las personas más generosas, pacientes, de buen corazón y honestas del mundo serían los miembros de los departamentos de literatura y filosofía, que pasan cada hora de vigilia con grandes libros y grandes pensamientos y, como alguien que ha estado allí (durante 45 años), puedo decirte que no es así. Los profesores y estudiantes de literatura y filosofía no aprenden a ser buenos y sabios; aprenden a analizar los efectos literarios y a distinguir entre diferentes explicaciones de los fundamentos del conocimiento.

Evidentemente, la opción de las Ciencias Humanas por cultivar un conocimiento científico sobre lo social, atendiendo a las creencias y comportamientos, no puede aspirar a dar la última palabra luego de la irrupción de innovadores campos como las neurociencias y los avances genéticos los cuales han ampliado el conocimiento sobre la conducta humana. Hoy se presume como arcaico que un individuo actúe sólo conforme a creencias, intereses y valores. Los avances en las neurociencias y estudios genéticos obligaron a replantear nociones clásicas de la Ilustración como la voluntad, la libertad y la responsabilidad. El concepto de “práctica”, como lúcida adquisición de las Ciencias Humanas tendiente a sintetizar creencias y conductas, presenta hoy límites concretos.

Es necesario advertir que el ocaso de la era Gutenberg parece ser un fenómeno poco atendido por buena parte de los “cientistas sociales”. Pese al avance internacional de las “Humanidades digitales”, el deseo de sintetizar magistralmente su saber bajo el formato del texto explicativo continúa movilizandolos principales intereses. Pocas reflexiones se detienen en examinar cómo la revolución cognitiva del siglo XX produjo cambios vinculados a la emergencia de nuevas subjetividades.

Las expectativas transformadoras y optimismos que colmaban los claustros distan del grueso de los elencos académicos actuales subsumidos a trayectorias individualistas (Donoghue, 2008). Los desmoronamientos

tanto del Estado de Bienestar como de la utopía socialista obtuvieron efectos traumáticos. Asimismo, el énfasis en lo “práctico-inmediato” devaluó a las profesiones cargadas de gran espesura teórica. Un último síntoma contundente es el progresivo retiro de asignaturas humanistas dentro del currículo escolar. Su insostenible neutralidad las desalojó de los saberes prioritarios.

En lo que respecta a la crisis concreta de esta disciplina, Elías Palti (2008) asegura que la misma responde a la desorientación de este saber dentro de la “era postsecular”. Tras la desarticulación de las grandes ficciones orientadoras, devino otro desencantamiento del mundo: “La pregunta ahora respecto de la misión de la escritura histórica es de si la misma, más que desnudar las ilusiones del sentido, no debería servir para crear sentidos de comunidad, es decir, construir mitos de identidad, en un momento en que, sin embargo, se sabe ya que son tales y que, por lo tanto, no podemos creer en ellos” (p. 40).

El desencanto de la modernidad, el descrédito de la idea de progreso, fueron correlativas a la crisis de la “conciencia histórica”. Sin un *telos*, las acciones humanas parecen resistirse a cualquier intento de enmarcación. La crisis epistemológica ha hecho trizas el proyecto de Historia Universal, dando lugar a la proliferación de *historias*. ¿Qué sentido tiene forzar un metarrelato para contener a una explosión de particularidades o fuerzas dislocantes? La creencia de que, a partir de la deconstrucción de los grandes mitos seculares, devendría mayor lucidez y libertad ha debido matizarse.

En concreto, el ideal de la *phrónesis* no pasó de ser una aspiración: no son escasos los ejemplos de notables humanistas que apoyaron a sistemas con rasgos autoritarios: Martin Heidegger durante el Tercer Reich y Michel Foucault en cuanto a su defensa sobre el régimen de Ruhollah Musavi Jomeiní, por ejemplo. Las desmesuras llamaron a su incómodo silencio. Por atractivo que parezca, el virtuosismo de la *phrónesis* no deja de ser un ideal elitista cercano al aura del “aristócrata del espíritu” (Bernstein, 2019, p. 252).

El desafío principal de la historia es comenzar a avizorar que su supervivencia depende de su capacidad para transitar a través de nuevas fronteras que desdibujarán su propia entidad disciplinar. Para ello debe aceptarse que difícilmente exista algo así como una suerte de “sensibilidad historiográfica” singular y sobre todo difícil de hallar en otros campos. Los

cultores de las Ciencias Humanas suelen responder que sus saberes son ciertamente molestos, incisivos, críticos de los valores del establishment. Sin embargo, es necesario determinar el “alcance práctico” (2018), al decir de White, de dichos saberes en la vida misma.

Concretamente, y a pesar de lo argumentado por el autor, existe una solidaridad evidente entre el “pasado práctico” y el “pasado histórico”. Los historiadores, pese a su desgastado papel, continúan preservando un gran potencial narrativo. Allí siempre ha descansado su eficacia simbólica incluso en los contextos de mayor descreimiento. La tarea de “deconstruir” los grandes relatos y ficciones ha sido meritoria y necesaria. Pero también acabó por desencadenar sin duda grandes incertidumbres cuyas consecuencias aún se sienten.

No puede entenderse al historiador sin estimar en alto su capacidad como agente cultural. Actualmente las representaciones del pasado siguen siendo muy demandadas por parte de producciones artísticas o instituciones oficiales como la justicia, acudiendo en muchos casos a consultas de estos profesionales. El campo de la divulgación y la extensión universitaria ofrecen un ambicioso porvenir que dilata ampliamente las fronteras entre los saberes. Con esto quiere argumentarse aquí que el historiador continúa siendo un creador nato de *historias*, vale decir, imagerías que modelan colaborando en el ennoblecimiento del género humano.

Con acierto, el filósofo Byung-Chul Han (2023) insiste en el poder de los relatos al crear comunidades: “Las historias, al fomentar la capacidad de la empatía, crean vínculos entre las personas. Generan una comunidad (p. 16). Pese al nihilismo que recae sobre las sociedades presentes, los seres humanos necesitan relatos para dotar de sentido a sus vidas y orientar sus conductas. La precariedad existencial que sufre esta especie exige un esclarecimiento a fin de calmar la ansiedad de la contingencia. De modo que el autor invita a crear narrativas práctico-morales que eviten, en lo posible, intereses despolitizadores:

Hoy las narrativas son despojadas cada vez más de su carácter político. Al generar singularidades culturales, como, por ejemplo, objetos, estilos, lugares, colectivos o acontecimientos singulares, las narrativas actuales sirven sobre todo para que la sociedad se particularice. Por eso no desarrollan ninguna fuerza capaz de fundar una comunidad. La acción común,

el nosotros, se basa en una narrativa. Pero ahora el comercio se apropia cada vez más de las narrativas (p. 102)

No en vano, en cada época, emulan vorazmente ambiciosas filosofías de la historia que prometen colmar esa inquietud. En los últimos años, el historiador Yuval Harari, convertido en un best seller –ningún otro historiador ha vendido tantos ejemplares–, brinda claves explicativas para entender al ser humano en su evolución². Con gran recepción no sólo en el gran público sino entre las élites occidentales, Harari admite que el ser humano se ha convertido en un agente global, casi una divinidad, ansiosa por asentar su dominio en la Tierra.

Con las nuevas tecnologías se presenta como un “creador” pero también un “destructor de mundos” al acelerar la crisis climática y los riesgos bélicos latentes en varios ángulos. Cuestiona los efectos de algunos avances tecnológicos y reconoce la crisis definitiva del “relato liberal” como consecuencia de las investigaciones genéticas. Sus obras han despertado grandes debates. La perspectiva de una especie que avanza pero se pisa a sí misma resultó muy sugestiva. El empleo de conceptos novedosos como Antropoceno –propuesta para denominar a la actual era geológica producto del impacto nocivo de la “era humana”– terminaron colmando de presunto espesor ético a esta empresa.

El vínculo entre la actividad científica y los compromisos ético-políticos particulares son sin duda conflictivos. Sería un error aceptar que existe un antagonismo entre la ciencia y la vida práctica. Si bien los avances propiciados por las “Humanidades Digitales” son favorables, aún resta trazar un genuino entrecruzamiento con otros campos rompiendo las vallas entre las unidades académicas (Jablonka, 2016). Unas Ciencias Humanas adaptadas al ocaso de la Era Gutenberg, donde la lectura y la escritura en su sentido más tradicional han sufrido serias afectaciones frente a lo audiovisual, exige hoy reperfilamientos.

Para ello es necesario reorientar los diseños curriculares, instancias de acreditación de saberes y mecanismos de consagración, discutiendo a fondo el sistema de producción del conocimiento y los agentes autorizados.

2 Yuval Harari ha impactado enormemente en la opinión pública gracias a grandes éxitos editoriales tales como *De animales a dioses* (2011) y *Claves para el siglo XXI* (2018). Bajo el tópico de divulgación científica se convirtió en un influyente pensador pese a las críticas que recibió.

Los espacios que la razón histórica no puede penetrar son aprovechados por otras narrativas debiendo tolerarse, en consecuencia, una diversidad de dispositivos dispuestos a garantizar la *cognitio sensitiva*.

Conclusiones

El amplio campo de saberes asociado a las Ciencias Humanas ha transitado por etapas tan diferentes que no siempre resulta sencillo determinar cierta persecución clara en cuanto a su entramado teórico y función pública. A partir de su conformación epistemológica, bajo el rico suelo de positividades del siglo XIX, las disciplinas que finalmente se incluyeron dentro de este espacio exhibieron rumbos diferentes, ambivalencias y ficciones internas.

Los señalamientos por parte de Hayden White al valor de la intervención “práctica-moral”, la cual excede ampliamente a los historiadores, es de suma relevancia. No obstante, la investigación y la erudición –el poder heurístico– son fundamentales a la hora de legitimar tales operaciones. De modo que resulta saludable la sugerencia de autores como Ivan Jablonka (2016) acerca de si se pudiera avanzar hacia una imbricación entre el campo historiográfico y algunas poéticas concretas, con las cuales se comparte un suelo de erudición familiar, las diferentes representaciones del pasado no se percibirían entre sí como extrañas.

Narrativas elaboradas por escritores, periodistas y aficionados, representan de manera dúctil las vivencias humanas. Dilthey comparaba la vida con una melodía cuyas partes son imposibles de descomponer analíticamente. La novela, la biografía y el cine, tras habilitar perspectivas sincrónicas y diacrónicas, evitan la estructuración secuencial de las experiencias. Este planteo sería injusto si conduce a desacreditar todos los logros de la dimensión racioempirista la cual, cabe aclarar, ha servido y servirá de impulso a muchas producciones artísticas.

Tanto la búsqueda de los orígenes como la desmitologización, derivan en un sinsentido. La experiencia pretérita difícilmente pueda orientar la praxis de manera confiable, nutrirla de sabiduría clarificante en todas las circunstancias y ayudar a tomar decisiones asertivas. Pero, aun así, nadie puede evitarla. Apostar por imbricar mejor las dimensiones epistemológicas, estética y ética-política como parte de una misma empresa de conocimiento, sin las clásicas vecindades, posiblemente permita sortear los des-

encantados territorios del siglo XXI. De ninguna manera es desquiciado sugerir que el historiador, además de comprender y explicar, puede llegar a curar las heridas del mundo. Allí hay un filón, un bello yacimiento hoy poco explotado, el cual aguarda por ser redescubierto.

Referencias

- Aurell, Jaume (2004). Los efectos del giro lingüístico en la historiografía. *Revista de filología hispánica*, Vol. 20, N° 1, pp.204-205
- Bernestein, Richard (2018). *Más allá del objetivismo y subjetivismo*. Buenos Aires: Prometeo.
- Byung-Chul Han (2023). *La crisis de la narración*. Barcelona: Herder.
- Cattaruzza, Alejandro (2007). *Los usos del pasado. La historia y la política argentinas en discusión, 1919-1945*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Cattaruzza, Alejandro y Alejandro Eujanian (2003). *Políticas de la historia, Argentina 1860-1960*. Buenos Aires: Alianza.
- De Certeau, Michel (2006). *La escritura de la historia*, México: Universidad Iberoamericana
- Donoghue, Frank (2008). *The Last Professors: The Corporate University and the Fate of the Humanities*. New York: Fordham University Press
- Fish, Stanley (2008). Will the Humanities Save Us? *The New York Times*. En línea en: <https://opinionator.blogs.nytimes.com/2008/01/06/will-the-humanities-save-us/> Última consulta: 08/11/2023
- Iggers, Georg (2012). *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*. Santiago de Chile: FCE.
- Jablonka, Ivan (2016). *La historia es una literatura contemporánea*. Buenos Aires: FCE.

- LaCapra, Dominick (2012 [1980]). Repensar la historia intelectual y leer textos. En Palti, Elías José. *Giro lingüístico e historia intelectual*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Lorenz, Chris (2015). *Entre filosofía e historia*. Buenos Aires: Prometeo.
- Marrou, Henri (1968). *El conocimiento histórico*. Barcelona: Labor.
- Palti, Elías (2008). Pensar históricamente en una era postsecular. O el fin de los historiadores después del fin de la historia. En Sánchez León y Martín Jesús Izquierdo (Eds.). *El fin de los historiadores. Pensar históricamente en el siglo XXI*. México: Siglo XXI.
- Pihlainen, Kalle (2019). *La obra de historia. Constructivismo y política del pasado*. Santiago de Chile: Palinodia.
- Ricoeur, Paul (2004). *Tiempo y narración*. México: Siglo XXI.
- Robin, Régine (2012). *La memoria saturada*. Buenos Aires: Waldhuter.
- Tozzi, Verónica (2009). *La historia según la nueva filosofía de la historia*. Buenos Aires: Prometeo.
- White, Hayden (1992). *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*. México: FCE.
- White, Hayden (2010). *Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica*. Buenos Aires: Prometeo.
- White Hayden (2018). *El pasado práctico*. Buenos Aires: Prometeo.